

Esteban, el perseguido...



Desconfiado, orgulloso y agresivo. Mi olfato de mujer, rápidamente me hizo dar cuenta desde la segunda o tercer salida, que esos eran los rasgos dominantes en la personalidad de Esteban.

Es cierto. Virtud o defecto, no lo sé, pero siempre prefería hombres difíciles y complicados, antes que normales mentecatos y demasiado predecibles. Me encantaba el desafío implícito en la elección del macho. De mi macho. Aquel que una vez domesticado por una mujer inteligente, sería luego el mejor guardián y protector, en el que ella pudiese refugiarse y ampararse. Así pensaba.

Pobre de mí. Me enamoré y entregándole mi vida, esperaba que cambiase. Vana ilusión, la de creer que se puede llevar fuego en el regazo y no quemarse.

A pocos meses de convivir con él, no me quedaban dudas de su indomable rigidez mental. Sus razonamientos - en general - me parecían perfectos, aunque a veces, en algunos, se los notaba nacidos de dos o tres premisas erróneas y aberrantes. Comencé a pensar que una enfermedad anidaba en él y que - quizás -, debería ser tratado.

Me confesó que había estado en tratamiento con un psicólogo, durante poco más de un año. Según él, “ *¡¡¡ terminó enseñándole al profesional los elementos básicos de la psicología dinámica y explicándole secretos, de la compleja mente humana...!!!* Y como el especialista no era demasiado inteligente, de muy poco o nada le servía... De su terapia fracasada, gustaba repetir que tan solo el psicólogo, era el que obtuvo beneficios.

Igual me fui a vivir con él. Lo soporté y soporto, por que lo sigo amando. Al principio, no me daba cuenta y creía que las precauciones que él tomaba, por lo menos algunas, eran lógicas, sensatas y que, simplemente, yo no había advertido el peligro. Hasta llegué a sentirme idiota... Procuraba complacerlo, en bien de la pareja. Pero en otras ocasiones, decididamente no. La enfermedad era patente y agobiante.

- *Nunca uses el ascensor si el hombre del octavo piso, está en el edificio; Sospecho que quiere alterar el sistema de frenos para que vos o yo, nos precipitemos al vacío* - me lo decía convencido.

No lo contradije. Cuando lo hacía, solo conseguía que se irritara y enfadase. Me hacia bajar por escaleras, procurando no hacer ruido. Hasta debí enojarme para que me permitiese encender las luces del palier y así, poder bajar escalón por escalón.

Cuando accedía a que tomara el ascensor, había que hacerlo en el cuarto o quinto piso, desorientando al supuesto perseguidor.



Subir, era todo una estrategia. Primero, nos fijábamos que nadie estuviera asomado en el balcón del piso octavo, sin descartar que estuviese espiando agazapado. Incluso de rutina, debíamos engañarlo tomando el ascensor en el primer piso, bajando y volviendo a subir, desorientando al supuesto perseguidor, pletórico de ideas de venganza.

Al principio me divertía y sonreía, esperando me dijese que se trataba tan solo de una broma, hasta que comprendí que *la cosa*, venía demasiado en serio...

Esteban, totalmente convencido, me explicaba el argumento por el cual ese vecino nos odiaba tan profundamente.

- *El se dio cuenta que su mujer, estaba terriblemente enamorada de mí y ahora, quiere tomar venganza...* – me decía convencido, mientras le brillaban los ojos.

Nunca me pareció - con certeza de mujer -, que ella pusiese en Esteban sus ojos. Al contrario, él me hizo teñir los cabellos como los de ella y en la cama, buscaba encontrarme parecidos en mi cuerpo y se excitaba... Creo que solo Esteban, era el que gustaba de ella...

Paradójicamente, aquello que él razona en general, lo hace con un apego muy estricto por la lógica. Quienes lo escuchan, hasta expresan admiración por sus razonamientos tan claros y precisos. Pero a veces, lo asaltan relámpagos ilógicos y el cielo se tiñe morado del error, preanunciando el infierno que me aguarda...

Al principio me enganchaba en sus razonamientos enfermizos, pero fui dándome cuenta, poco a poco, que tras su inteligencia, afectos y conductas, existe un mecanismo de defensa exagerado, que lo hace estar alerta, en guardia, a toda hora y ante todos...

El vecino del octavo piso, al principio fue su gran amigo y pasaban horas y horas conversando. Esteban le mostró con orgullo su colección de trofeos deportivos, sus piezas de caza, sus libros, sus videos y hasta compartieron mucho tiempo jugando al ajedrez.

Pero en ese período comenzó con un síntoma muy extraño, pues cuando estaba en el inodoro, solía llamarme a gritos, desesperado, pálido y tembloroso: *¡ Temía que alguna víbora, desde adentro del inodoro, lo picase!* – Me exigía que me quedase afuera, aguardándolo en la puerta.

Creo que nunca estuvo seguro de su identidad sexual. Hubo períodos, como cuando peligraba su puesto de trabajo, en que pedía con angustia a cada rato que le dijese si su miembro viril, era normal en su tamaño, o que jurara y reasegurase una y mil veces, que jamás yo había pensado que podía ser pequeño..

Ha llegado a irritarse, acusándome que yo pensaba que él, debió nacer mujer. De nada valieron argumentos para hacerle comprender que nunca, podría haber leído mi mente.

Me inunda de explicaciones y argumentos para demostrarme que sí. Le repito que de cualquier manera yo jamás pensé eso. Ni me escucha. A él no le hace falta. Él puede leer la mente y se lo cree..

Su anterior mujer era psicóloga y según me contó, lo sodomizaba – entre otras cosas - con un consolador. Hace poco, insistió para que yo le hiciese lo mismo, pero con un aparato caseramente improvisado... No conforme, me hacía prometerle que le iba a contratar un hombre... para que en mi nombre, se lo hiciese. Así se excitaba patético y ridículo, ante mis sorprendidos ojos y no paraba hasta lograr el frenesí mayúsculo...

Luego de experiencia semejante, quedaba contento y cariñoso por un tiempo. Irradiaba felicidad y me trataba demasiado bien... Hacía todo aquello que yo le pidiese. Creo que es evidente en él, una homosexualidad pasiva y reprimida...

Cuando joven se graduó con honores en la Infantería de Marina y se destacó en acciones de valor. Hasta fue la figura de tapa en una revista militar, como ejemplo de virilidad guerrera. Creo que siempre le gustó hacer demostraciones de fuerza y de valor, delante de otros hombres. Pero fue expulsado, sin embargo, cuando lo acusó a un superior de haberle querido arrancar su pantalón...

Cuando estamos en presencia de otros hombres, se desvive por tratarme con una caballerosidad y gentileza, que no es habitual en él. Me halaga y llena de piropos, en una forma desmedida. Pero en el fondo, me impresiona que es una actuación en la que siempre necesita ser mirado y admirado, por los de su mismo sexo... Cuando se lo he insinuado sutilmente, estalló con una violencia inusitada y no me habló por varios días. Solo se reconcilió, cuando repetimos la experiencia que le hacía su ex mujer - psicóloga...

Tanto el éxito como el fracaso, le alteran y cambian su carácter más allá de lo normal. Ultimamente se ha vuelto un fanático y adicto de la computadora y suele pasar horas y horas, enfrascado en ella. Llega tarde a su trabajo y hasta es capaz de dar parte de enfermo, con tal de seguir conectándose a Internet, aunque desconectado del mundo y de su casa... y de mí.

Hoy, termina de inventar un aparato que - según él -, magnetizaría el combustible de los autos y así, les ahorraría combustible en una forma impensada. Está desesperado, excitado, temiendo que algún servicio secreto - de quién sabe qué potencia mundial -, se lo robe. Debo jurarle - para que me deje en paz -, que no complotaré contra él y no le venderé su idea.

A pesar de todo, lo miro con ternura y con amor... Detrás de sus espinas y venenos, hay un niño pequeño, muy pequeño, que clama al mundo rogándole su auxilio. Lo amo, aunque sea esa víctima que el día en que lo conocí, la vida me lo transformó en mi victimario.

Fin